

SEGUNDO PUESTO

Purgatorio

Ángela Cristina Plazas Salamanca
Auxiliar de Office
Vicerrectoría General
vonbaquen1969@gmail.com



En un mundo, dentro de otro mundo, por poco me perdí pero, al encontrar la salida, me equivoqué de rumbo.

“¡Sal!”, me gritó con firmeza, pero al intentar hacerlo no pude, me sentía segura allí. Me faltó valentía, fue más fácil dejarme llevar. Reconocer los sentimientos de otros no es cosa natural, tenía suficientes con los míos, estaba tan llena de recuerdos dolorosos, que la culpa me atrapó en un ciclo de memorias oscuras. El arrepentimiento me llevó por imaginarios conocidos en los que repetía los mismos errores una y otra vez. Al tratar de usar las imágenes que necesitaba, me faltó imaginación. Sin energía ni defensas, seguí el sendero de los demás, imitando todos sus movimientos. Así llegué a la casucha. Había muchas opciones, pero algunas eran peor que otras. Estaba deteriorada, pero aún se sostenía en pie y, como estaba abandonada, pensé que podría quedarme allí. Me serviría de morada por el tiempo que la necesitara, no sabía cuánto. El miedo es una fuerza poderosa que se encarna con facilidad, en especial, si niega cualquier otra verdad.

En otro mundo, dentro de otro mundo, por poco me muero, pero al no creerlo, reviví.

Esa madrugada, soñé que me mataban, pero no podía morir. Confuso, me veía vivo en el sueño después del suceso, me movía igual y estaba en el mismo lugar, sentía las mismas penas y preocupaciones, vestía de la misma forma. Algo me indicaba que siguiera la luz, pero yo no veía nada. Era como si continuara vivo.

Recordé con exactitud lo que había pasado. Me amenazaban con una pistola sobre mi nuca mientras yacía arrodillado en el piso. Con calma, aceptaba en mi mente lo que iba a pasar, permitiendo al perpetuador que me disparara, mientras me preparaba. Aunque pensaba que me iba a doler mucho, no me importó. Respiré muy hondo cerrando los ojos, esperando el fogonazo y, cuando pasó, vi la escena con ojos adentro y afuera. Observé el brazo estirado

sosteniendo el arma y vi mi cuerpo preparado para el disparo. Al mismo tiempo, en ambos espacios, lo que veía, lo sentía también; una mezcla de miedo e impaciencia por terminar. Pero eso había sido todo.

Se suponía que me iba a ir, me decía a mí mismo que mi alma se iba a liberar. Me elevaría por encima de la realidad, dejaría de sentir agobio y tristeza, estaría en paz. Sin embargo, el conocimiento de mi obligación para concluir primero con mis días predestinados llegó hasta mi consciencia, de la misma forma que ese algo me avisó de una luz que no veía.

Me sentía igual que cuando estaba vivo. Tampoco hubo drama por mi deceso. Me colaba por entre las personas pero, al parecer, no podían verme. Pensé: “¿qué voy a hacer hasta que terminen mis días, sin saber cuánto tiempo falta o qué hacer como fantasma?”. Comprendí que mi muerte era vista como un suicidio y no entendía la razón. Necesitaba que alguien me explicara. Pero, un poco desesperado, me desperté. Apenas si recordaba el sueño. Me daba cuenta de que era extraño y me parecía que no era la primera vez que soñaba con algo así. Sin embargo, a diferencia de las veces anteriores, sí sentí miedo. No de morir, eso no me asustaba, sino de seguir sintiéndome igual después de haber muerto.

“¡Sal!”, me pedía. Descanso.

En otro mundo, dentro de otro mundo, por poco me matan, pero al sentirme viva, me equivoqué de nuevo.

Seguí mi intuición hasta donde fue posible pero, en el momento en el que tuve que tomar mis propias decisiones, no me sentí preparada y él apareció de nuevo, tan familiar y a la vez tan desconocido. Siempre que estábamos juntos me repetía cuánto me quería y solía acariciarme con gran ardor mientras me besaba. Yo pensé que eso era amor y acepté que en otras ocasiones me ofendiera, me dijera palabras hirientes. También accedí a hacer cosas que no

me gustaban solo para complacerlo. Con el tiempo, después de que empezamos a vivir juntos, dejó de ser tan cariñoso y se volvió déspota y desagradecido. Yo le seguí queriendo a pesar de todo; le obedecía, porque de cierta manera me sentía protegida por su dureza y, de cuando en cuando, me regalaba cosas bonitas, que parecían costosas. Así fue como llegué a recibir el anillo con el que me pidió que nos casáramos. Era precioso con una gran gema azul, que luego supe que era un zafiro. Me dijo que lo cuidara como si fuera él mismo y que nunca me lo quitara.

Sorprendida por un regalo tan hermoso y fino, le hice caso pero, cuando debía salir a trabajar, sufría porque era muy peligroso que me lo vieran y temía que me lo robaran. Entonces, él aprovechó para exigirme que no saliera, igual no tendría ninguna necesidad cuando nos casáramos. No podía ser, mi libertad era lo más preciado, pero cedí porque el zafiro era tan hermoso. De pronto, una tarde, él no volvió. Me abandonó pensé, hasta que un par de maleantes enmascarados me encontraron días después y, luego de golpearme con saña, me robaron el anillo. El hermoso zafiro por el que me había aguantado todo el maltrato. Así fue como entendí que lo habían desaparecido, de seguro, por el fino anillo.

“¡Sal!”, me repetía, cuando podía hacer algo bien o cuando me esforzaba tanto, pero aún era soportable, conocido.

En otro mundo, dentro de otro mundo, por poco me matan pero, al encontrar la huida, tuve que torcer el camino.

Era la ocasión correcta, ya no podía salirse de nuestras manos, todo había sido planeado en detalle y era imposible que sucediera algo mal. El tipo era predecible, sin sorpresas, ni cambios. Aguardé a que llegara el Tijeras para irnos a la esquina a esperar al hombrecito. Ese día, el Tijeras se retrasó y por esa razón debería haberlo cancelado, pero le tenía tantas ganas a ese anillo que ya no podía esperar más. Si me pagaban lo que me habían dicho, podía quedarme

un buen tiempo sin trabajar, o quizás dedicarme a algo legal, era una idea loca, pero hasta podría darme unas vacacioncitas con mi madrecita. Esa gran piedra tenía muchas posibilidades que me hacían codiciarla cada vez más. Por eso lo dejé pasar, eso de que, si empieza mal, termina igual.

Cuando llegamos a la esquina a esperar a que saliera de hacer la vuelta de siempre, no iba solo, y eso cambiaba un poco los planes, pero no del todo. Teníamos que seguir, tenía que ser hoy. Le dije al Tijeras que se hiciera cargo de la compañía; ese caco tenía experiencia. Claro que no quería que se lo cargara pero, cuando los acorralamos y lo vi sacar la cuchilla, fue muy tarde y no pude detenerlo. En esos casos, lo mejor es terminar rápido y evaporarse. Cómo iba a imaginar que no lo traería encima. Se suponía que iba a empeñarlo. El sapo lo había asegurado, pero había resultado ser una pista falsa. Tendría que darle su leccioncita por tramposo. Ahora, lo único en lo que debía pensar era en cómo deshacernos de los cuerpos. Al Tijeras no le gustó nada haber perdido el tiempo y tuve que vigilar mientras conseguía un carro para llevar los cadáveres lejos; si me descuido me carga a mí también. Así que, después de trastearlos hasta las afueras, donde se demorarían en encontrarlos, me dediqué a averiguar en el trabajo y lugar de vivienda del difunto dónde podría estar el zafiro. No fue difícil, tampoco hubo necesidad de callar a la noviecita. Al final, pude quedarme con el anillo. De paso, visité al sapo mentiroso que no pudo dar información certera, para pegarle un sustito.

Estaba re emocionado cuando salí para venderlo. Tenía que pagarle al Tijeras y él no era paciente con estos trabajos. Eso era lo que pensaba cuando lo vi acercarse a preguntarme lo que él ya sabía; por eso no me lo creí cuando sentí el dolor punzante en mi estómago y solo me salvó ser más grande y fuerte que él. Me había seguido para robarme y quedarse él solo con la paga. Sin embargo, ninguno de los dos consiguió lo que quería.

“¡Sal!”, me grité con fuerza e insistencia pero, al intentar hacerlo, no podía, me veía diferente y me sentía atrapada. Pasaba de vida en vida, de error en error y no podía evitarlo.

En otro mundo, dentro de otro mundo, por poco me dejo matar, pero al quedar con vida, tenía que intentarlo de nuevo.

Al dormir, era más intenso el recuerdo, por eso, con cerveza y aguardiente podía hacerlo olvidar. El licor evitaba que viera el cuartucho sucio en el que dormía y no me dejaba escuchar los gritos de las peleas entre las prostitutas y su clientela. La noche anterior había tomado de más. Si me quedaba sobrio, volvería a sentir los golpes, la ira, la tristeza de mi miserable existencia. Era un sobreviviente y estaba ansioso por el trabajito que me había conseguido. No conocía muy bien al Letrado, como le decían, porque dizque era muy astuto, aunque no me lo pareció en los días en que habíamos planeado el atraco. Esperaba que no se pillara mis intenciones. Pero, si la piedra era tan fina como me había dicho, sería mi escape de esta pocilga para empezar mi propio negocio de ladronería fina.

Llevaba hartos tiempos esperando un golpecito como este, fácil y jugoso. Así que no iba a desperdiciar la ocasión de cargarme al que fuera con tal de quedarme con la recompensa. En la mañana, se me hizo un poco tarde, pero confié en que el Letrado no se fuera a echar para atrás. Menos mal que no lo hizo, aunque tal vez debió haberlo hecho. Yo estaba tan apurado que era capaz de hacerlo solo con tal de salir de esto de una vez por todas. Pero, entonces, hubo problemas, eso no era buen augurio. Me dijo que me hiciera cargo del otro *man*, y así lo hice. Como siempre lo hago. ¿Qué esperaba, que lo dejara irse, después de verme la cara? Pero el importante no traía el anillo. ¡Me llevan los diablos! ¡Todo perdido! Me dejé convencer del Letrado y le di unos días para que arreglara el trance. Ya había sido complicado deshacernos de los cadáveres; tuve que robar un auto, viajar por horas para tirarlos por el caño,

viajar más para deshacerme del carro y luego, al fin, poder devolverme. Ya era noche cuando me tranquilicé con unos tragos, pero la ira se estaba agravando.

Al fin, dos días después, pudimos hacernos con el anillo. Me tranquilicé. Era una piedra grande y lujosa, tenía que adueñármela, pero necesitaba al Letrado, ya que yo no sabía dónde venderla. Intenté convencerlo de llevarla juntos, pero no quiso. Seguro valdría más de lo que habíamos pactado y no quería que yo lo supiera. Así que otro trabajo me eché encima. Tenía que vigilarlo. La espera dio frutos. Lo seguí hasta el lugar de venta que había reconocido, no tendría problemas. Lo que ninguno de los dos pudo imaginar, era que nos estaban esperando.

“¡Sal!”, me volvía a gritar, pero se oía tan lejano. A veces actuaba mal, otras mucho peor y, si atendía a mi consciencia, sufría mucho más.

En otro mundo, dentro de otro mundo, por poco causo mi muerte, pero al encontrar la solución, tuve que pagar por esta.

Habíamos hecho varios tratos juntos. Rara vez la gente cambiaba de opinión. No era mi culpa, si el hombrecito no había hecho lo que había dicho. Mi servicio se limitaba a informar lo que me decían o lo que oía, no era mi falla u obligación que todo fuese verdad. Así que, cuando el Letrado me dijo que no llevaba el anillo consigo, ¿qué podía hacer? Ese día, sí que me había asustado con esa pistola. Pensé que me iba a matar, pero no era mi culpa, le dije. Menos mal pude recordar que tenía una novia.

El difunto me había contado que el anillo era una herencia familiar y por eso valía mucho. Hasta me mostró una foto, pero así no se podían reconocer los quilates. Yo solo le había dado un precio aproximado cuando se fue. Eso calmó al Letrado, pero dijo que regresaría y eso no me gustó. Si no encontraba el anillo, se

desquitaría conmigo. Tenía que sapiarlo. Perdería algo de reputación quizás y de platica, pero mejor perder eso que perder la vida. Los verdes ya lo conocían, no me sorprendí. Les hablé de cómo el Letrado había traído el anillo y yo me había negado a comprárselo. Esperaba que se tragaran la mentira y me protegieran del matón, si se decidía a volver por acá. De todas formas, yo también salí perdiendo cuando los pescaron, aunque al parecer el zafiro no era tan valioso como yo pensaba.

“¡Sal!”, me insistía, intenta salir de verdad.

En otro mundo, dentro de otro mundo, por poco me dejo robar pero, al verme traicionada, tuve que reaccionar.

Con dulces pasos, se acercó por la acera contraria y con delicadeza me besó sin esperar reciprocidad. Estaba un poco alterada por lo que me habían dicho de él, pero esperé a confirmar por mí misma tales acusaciones. No era de las que juzgaban sin saber y menos acerca de alguien que me parecía tan especial.

—Estás preciosa —me dijo.

A lo que no contesté nada ya que estaba de mal humor, pero lo observé con detenimiento, tratando de descubrir algo que confirmara lo que me habían contado. Al parecer, él no notó mi lucha interna y siguió hablando de lo bien que le había ido en el trabajo y las grandes bonificaciones que le esperaban en la quincena. De pronto, pensé que todo lo que decía podría ser mentira.

—¿Crees que podrás pagarme lo que te presté para entonces? —Le interrumpí con el propósito de aclarar de una vez, si lo que me habían dicho podía ser cierto.

—¿Y cuánto es que es? —Respondió y mis sospechas empezaron a pesar.

—Son \$\$\$\$\$\$. No te habrás olvidado, espero.

—No, no, no, pero al menos déjame llegar al día de pago, ¿cierto?

—Replicó de no muy buena manera. Y continuó—. Sabes que tengo muchos gastos y mi sueldo no es muy justo. Las bonificaciones ayudan, pero tengo que ayudar a mi madre y mis hermanos. No te preocupes que te pagaré en cuanto pueda, no soy un ladrón.

—¿Por qué dices eso? No dije que lo fueras, solo te estaba preguntando.

—Entonces, no me acoses.

—Es la primera vez que te lo recuerdo... —Dije sin poder creerlo.

—Bueno, me tengo que ir, luego hablamos —respondió y me dio la espalda dejándome plantada con las dudas aún más profundas.

No podía hacer mucho más si él se negaba a hablar y, hasta entonces, lo que me habían dicho podría no ser verdad.

Al cabo de unos días, nos volvimos a encontrar y se comportó de manera muy amorosa, como sabía que me gustaba. Me invitó a comer unas deliciosas crepas que me encantaban. Hablamos como si nada hubiera pasado y yo me olvidé de mis dudas hasta que llegué a mi casa y busqué las llaves para entrar, pero no pude encontrar mi billetera. Con más calma, en mi habitación saqué todo del bolso. No estaban mis documentos de identificación junto con las tarjetas de crédito, de ahorros y, por supuesto, el dinero que llevaba siempre “por si acaso”. Me había acostumbrado a llevar efectivo, desde que lo conocí. Casi siempre estaba escaso. No podía seguir dudándolo, no podía ser una coincidencia, así que lo llamé a su número personal, pero no contestó. Le escribí por el Messenger y nada. De pronto, un presentimiento me asaltó con temor y con rapidez revisé mi joyero. Él sabía cuánto significaba ese zafiro para mí, yo le había contado en detalle la historia. Era la única cosa de valor que tenía aquí y, si mis sospechas eran ciertas, ya no lo volvería a ver jamás.

“¡Sal!”, me rogaba a mí misma, pero me faltaba coraje, era más fácil dejarme llevar. Luego, volvía a comportarme igual, reconocía lo familiar, el camino andado, mis propias heridas.

En otro mundo, dentro de otro mundo, tengo permitido matar, si se justificara hacerlo.

La investigación nos había traído hasta este lugar, donde ya antes se habían encontrado evidencias de mercancía robada, que no habían sido suficientes para cerrar el local. El dueño había accedido a ayudarnos para librarse de una demanda, pero habíamos decidido dejar vigilancia para evitar complicaciones. Fue más rápido de lo que esperábamos, debido a la acusación de la propietaria del anillo, quién aseguraba que su novio era el ladrón. Teníamos que arrestarlo, pero había desaparecido y por ello llegamos a este negocio de segunda, ubicado en un sector comercial. Si no se hubiese dado en la calle el ataque violento entre ladrones, hubiéramos tenido que esperar a que ingresaran al lugar. Pero, luego de la requisa, no quedaban dudas de que le habían hecho algo al novio de la propietaria del anillo. El interrogatorio sirvió para conocer el paradero de los cuerpos y confirmar los detalles del doble asesinato. Entre maleantes se habían ajusticiado y ninguno había podido quedarse con el zafiro hurtado.

“¡Sal!”, me decía como un consejo, manejar los sentimientos no es cosa sencilla.

En un mundo, dentro de otro mundo, volvía a robar el anillo intentando encontrar la salida, y de nuevo se lo daba a mi novia para que lo usara. Sabía lo que sucedería y, sin embargo, hacía los mismos movimientos.

En un mundo, dentro de otro mundo, me perdía. Tenía que encontrar la forma de salir, pero las situaciones se volvían a repetir.

Era uno y eran todos. Era un alma y todas juntas. Me sentía adentro y luego afuera. Estas vidas, los arrepentimientos, las equivocaciones, que llevaban mi aliento por imaginarios conocidos, en los que repetía los mismos errores siempre y otra vez. Mi alma me decía “¡sal!”, pero yo no podía.

Fin